

ja á las naciones, y va gangrenando muchos de sus pueblos. Aun no tocamos á la mitad del siglo, y ya en algunos de los nuestros observamos un cambio que sorprende. A su antiguo amor sin límites por nuestras santas solemnidades, ha sucedido, cuando ménos, una fria indiferencia: la consagracion de un jóven á los altares, de una vírgen á los claustros, acontecimiento tan plausible para nuestros padres, hoy casi se reputa por el sello que marca de ignominia la frente de las familias. ¡El deismo, el deismo está disputando á nuestro Señor Jesucristo el imperio del culto! Justo es ocuparnos de esta cuestion importante y vital para las sociedades, tanto mas, cuanto que á ella nos empeña la ereccion de ese nuevo altar. Del momento es dirimirla: partiendo, pues, del principio convenido por ámbos contendientes, la necesidad del culto, los puntos de controversia serán los mismos que ya fijó el Apóstol: Verdad y felicidad; *et Dei sapientiam et Dei virtutem*. Bajo uno y otro, pues, ecsaminaremos primero al deismo; segundo, al cristianismo. Voy á hacerlo; continuadme, os suplico, vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

¿Es una verdad incontrovertible, y ya colocada fuera de los límites de la duda, que la razon humana, abandonada á sus propias luces, pueda fijar el culto con que debamos honrar á la Divinidad? Hé aquí el primer punto de ecsámen relativamente al deismo. El lo asegura, y aunque desde luego pudiéramos objetarle, que su asercion envuelve cuestiones que hasta ahora ha dejado insolutas, pues que hasta ahora no ha podido decirnos ni ¿qué entiende por razon humana? ni ménos ¿qué por razon humana abandonada á sus propias luces? so-

solo el distintivo de
varán un lema que
Querétaro. La infan-
cía ó gorra de cuartel
al de la artillería
cuadron núm. [tal
14.º Los inm
listados en la gura
sa obligacion de ob
ésta no fuere dign
la moral pública,

lo notémosle, que su opinion se halla desbasada del sentimiento universal de todos los pueblos, cuya voz es una, confesar que Dios, y solo Dios, puede enseñarnos la naturaleza y formas del culto con que quiere le tributemos nuestros homenajes. Voz que han escuchado todos los tiempos, el dia de hoy, el de ayer, el que le precede, y que si ascendemos al primero del mundo, desde allá, cual caudaloso rio, la verémos seguir el curso de los siglos. Voz augusta y sonora que así la han oido los pueblos que el Sol no visita, como los que abraza con sus ardientes rayos; así las populosas ciudades, como los desiertos de Cades y del Canadá; así los continentes, como las lejanas islas de los mares. Preguntad á las naciones que hoy pueblan la tierra, y unánimes os contestarán: nosotros escuchamos, nosotros obedecemos esa voz divina. Evocad del sepulcro á las que habitaron el antiguo mundo; preguntadles, y por respuesta os indicarán sus templos y altares, sus elíseos y sus tártaros. Escuchad á sus poetas, y Homero su príncipe, os presentará el origen divino del culto, bajo el emblema profundo y elocuente de una cadena de oro, que suspende la tierra del trono del Eterno. Leed á sus filósofos, y sobre todos á ese Platon, á quien la antigüedad honró con el epíteto de divino, y los padres de la Iglesia con el de cristiano. Consultad á sus legisladores. . . . Pero ya escucho el grito del deismo que me interrumpe y dice: ¡Y qué! ¿todas esas pretendidas revelaciones no han sido fraudes inicuos inventados para subyugar á los pueblos? ¿Y el espíritu humano puede sin indignacion ni retroceder de espanto, presenciar la deificacion de crímenes como necesarios para el culto de los inmortales? Es una verdad, y yo la confieso franca y paladinamente. Pero confesion por confesion,

el deista debe convenir en que uno es el sentimiento universal, otro el abuso que pasiones particulares habrán hecho de ese sentimiento mismo. ¿De qué habla? ¿Habla del abuso? Pues su objecion va á convertirse en una réplica insoluble: necesario es confiese que si Dios no dictó esas absurdas revelaciones, las dictó la razon humana: con que la razon humana ó las pasiones del hombre, si se quiere, no engendraron por el espacio de cuarenta siglos, sino groseros errores positivamente injuriosos á Dios y perjudiciales á los mas caros intereses del hombre y de la sociedad; verdad que debe escocerle aun sin desenvolverla hasta sus últimas consecuencias. ¿Hablará acaso del sentimiento universal? Pero el sentimiento universal es un hecho, y los hechos ni se establecen por su justicia, ni se destruyen por su iniquidad. Monumentos históricos, anales del mundo, hé aqui el medio único, ó para probar ó para contradecir su ecsistencia. Empero, si el deismo insistiere en indagar, no ya el origen de los abusos, pues que conviene al honor mismo de sus principios ni aun recordarlo, sino de ese consentimiento universal del que hacemos tanto mérito; miéntras lo halla, yo recomiendo á su consideracion y ecsámen el que voy á ofrecerle. Digo, pues, que la inclinacion que invenciblemente nos subyuga á juzgar por infalible lo que está basado en el consentimiento universal, constante y uniforme de todos los pueblos, no puede repetirse su origen sino de Dios, porque solo Dios es la única causa universal. ¿Qué concluir de aqui? Que el apologista de la razon pura se ve constituido en esta alternativa inevitable: ó llama á Dios autor del error, lo que seria una blasfemia impía, ó confiesa con el universo entero que Dios, y solo Dios puede indicarnos la naturaleza y

formas del culto con que debamos tributarle rendidos homenajes. ¿Qué mas? Que el deismo es un error pues que se halla contrariado por el luminoso criterio, de la autoridad.

Pero ¿y la razon? ¿La razon? Y para este objeto todo divino, ¿qué uso hará el deismo de esta facultad aunque nobilísima? Siendo el culto la espresion sublime de las relaciones que median entre el hombre y la Divinidad, y los ligan en sagrado vínculo; como estas relaciones, aunque inmutables en Dios sean contingentes con respecto al hombre, que ageno, libre y limitado puede haber ó no cumplido con los grandes objetos finales de su creacion; uno debe ser el culto en la primera, otro en la segunda: de estas dos hipótesis únicamente admisibles, ¿cuál de ellas quiere admitir el deismo? ¿La del cumplimiento? ¿Pues por qué ecsiste el mal moral en el mundo? ¿Por qué el ascetismo es el sentimiento universal de todos los pueblos? ¿Por qué todos ofrecen sacrificios expiatorios? Y si á la presencia de estas dificultades quiere recurrir á la segunda de las hipótesis establecidas, á saber: es la de que el hombre infringió los santos deberes que lo ligaron desde su creacion; entónces yo, á mi turno le pregunto: ¿Cómo, cuándo, hasta qué punto, rompióse y para siempre la antigua, infabable comunicacion del hombre y la Divinidad? Grandes é importantes cuestiones, aun insolutas por el deismo, no obstante que de ellas depende toda la religion, toda la moral, todo el hombre. ¿Pero ni cómo resolverlas, cuando infelizmente el mismo deista se ha sumido en esta desgraciada impotencia? Colocadas allá en una region sublime, su solucion está esclusivamente reservada á aquellas almas humildes, que levantándose en las álas de la fé, van al seno mismo del

solo el distintivo de
varán un lema que
Querétaro. La infan-
cía ó gorra de cuarte-
al de la artilleria
cuadron núm. [tal
14.º Los inim-
listados en la gure-
sa obligacion de ob-
ésta no fuere digna
la moral pública,